

*El Pensamiento Universal*

turosamente se desvanecen ya ante nuestra vista algunos de los mitos e ilusiones con que nos extraviábamos en la ruta de la civilización: el irracionalismo o la manera nazi; el economismo y el positivismo como se hipertrofiaron en el estilo de vida norteamericano. Dinero y Poder, dos excluyentes divinidades de nuestra Edad que expulsaron de su Olimpo a los otros valores, han probado su ineficacia para atender a esta permanente solicitud de felicidad y armonía terrestre. Los superhombres del Poder político, los Führer de los últimos años, han comenzado a suicidarse o han sido desgarrados en pedazos por las mismas multitudes fanáticas y rencorosas que los exaltaron. Como en la extraña película de Orson Welles, los “zares del Capitalismo”, los “ciudadanos Kane” mueren de angustia pronunciando una palabra mágica que contiene —como una ironía frente a su abundancia— el terrible secreto de las almas frustradas. Nuevos modos de ordenación ética, reajuste de la conciencia y la sensibilidad dislocada por las últimas pesadillas, es lo que quiere el hombre de estos días. Vivió en el ostracismo o la persecución política, regresó de la guerra y de los campos de concentración y debe rehacerse a lo que había olvidado: el gusto del pan y de la vida pacífica, el libro, el trato confiado con los amigos, la tolerancia y la libertad que deben ser tan usuales y propias del hombre como sus vicios contrarios, porque precaviéndonos contra la romántica idealización de la “bondad natural” caímos en el dogma opuesto. No consiste el problema en “organizar las naciones” satisfaciendo la demanda de poder de tres o cuatro grandes Estados, sino atender primero como principio de toda relación internacional, el rescate de aquellos derechos humanos eclipsados durante las últimas décadas de totalitarismo. Una creciente insensibilización ante el drama del hombre que iba hasta el sacrificio y despojo de pueblos enteros para calmar la exigencia de un canciller agresivo que explotaba la pusilanimidad de las naciones contrarias, caracterizó la política prebélica y la que parece seguir prevaleciendo en los presentes días. “¿Qué nos importa Checoslovaquia?”, decían, después de Munich, los paseantes de Londres y los ciudadanos de París. Que Hitler se engullera una provincia o mandara al destierro y la muerte a varios millares de judíos, no iba a interrumpir nuestra particular fiesta, nuestro despreocupado *carpe diem*. Pero cuando las tropas nazis desfilaron bajo el Arco de Triunfo y el fuego de los bombarderos caía sobre Inglaterra, los apaciguadores de dos años antes advertían que el problema del hombre no es divisible, y que al desatar la injusticia y el odio, se hace muy difícil detenerlos en una sola frontera.

Una verdad tan sencilla como la de que la Cultura no es poder, sino convivencia; búsqueda de la nunca saciada felicidad que es el sino nostálgico de toda vida, será lo que podrá reeducarnos. Tiempo para leer a nuestros clásicos y pedirles una como superior pedagogía de lo humano; alto goce de las formas; valores de creación espiritual que se opongan a la *libido dominandi* y al mecánico economismo positivista, es lo que recla-

inamos después de estos años de sumo pavor y vértigo. La medida de toda Cultura no es nivelar los hombres en la vulgaridad cotidiana, sino hacerles desear la Belleza. Por eso reconstruir el mundo es encontrar otra vez los arquetipos: los cánones que desde nuestra discordia y conflicto particular nos eleven a aquella esfera superior —esfera platónica de las ideas— inalterable a todo accidente; forma de las formas, estrella polar del espíritu.

## PREGUNTAS A EUROPA

### PROLOGO DE 1937

Este libro recoge algunas de las imágenes y reflexiones de un itinerario y permanencia europeos. Se podría deducir de él —aunque yo no lo quise, porque prevaleció el goce de mirar, de comprender y de comunicar— una intención veladamente práctica. El viaje a Europa fue un viaje al fondo de mí yo suramericano que anhela tener conciencia de lo que le falta, y lo busca través de los hombres, los paisajes y las culturas distintas. Optimistamente muchos teóricos de América nos invitan a la fe ciega en nuestras posibilidades e ignoto destino, considerando el Atlántico como una inmensa frontera de agua que nos separa profundamente de la civilización europea. Y por obra de nuestro conformismo y nuestra fe, iría brotando aquí, en las pampas y las montañas de América, como expresión y canto de nuestros hombres morenos, una nueva creación cultural. El destino de América se suele mirar bajo la forma de dos mitos que me parecen igualmente peligrosos. Uno es el mito romántico de los que creen que la Cultura surge como la gracia, especie de don divino caído del cielo, que de pronto encarnaría en nosotros y extraería de las más profundas zonas del alma las revelaciones que estuvieron dormidas. Muchos soñadores suramericanos, partidarios de la pereza obligatoria, aún esperan que esa profecía de América hable por sus bocas en el momento más inadvertido, así como el medium en estado de trance suele transmitir el mensaje —generalmente poco interesante— de los muertos. Pero una Cultura no se hace de inspiración o de abandono místico, sino de voluntad y propósito. Otros confunden —y son los más— la Cultura con el progreso material y con la obra de tecnificación que manos y capitales extranjeros realizan en nuestras ciudades suramericanas. Contra estos dos mitos de la incuria y de la conformidad, asume mi pequeño libro una posición beligerante.

Más que lo exterior de Europa, tan conocido por las guías y las tarjetas postales, me preocupó el aspecto interno de la civilización europea, y quise proyectar en aquel histórico escenario una cuestión que para mí es

la más importante de cuantas podemos plantearnos: el destino del hombre y el fin de la vida. Bajo aspectos culturales distintos, cada nación visitada me ofreció su propia respuesta. Mi alma suramericana inquiría, también, qué debemos aprender, y cómo puede aún servirnos Europa en esta dramática hora del mundo. Con nuestro gusto, un poco retórico de la antítesis, se propala por ahí que América no necesita de Europa, porque tiene la conciencia de ser distinta. Lo americano no se basa, entonces, en la afirmación concreta, sino en la negación infecunda. Considero que Europa nos es profundamente útil si tratamos de penetrar y aprovechar para nuestras propias creaciones, los probados métodos de su vieja civilización. Europa ha sido un Continente creador de formas, y el problema de la Cultura es esencialmente un problema de forma. Sobre lo particular y lo nacional —que interesa a tantos románticos— existe lo Universal humano. Y una Cultura es verdaderamente grande cuando, remontándose sobre las imágenes particulares, llega como los griegos, los franceses, los italianos del Renacimiento, la edad de oro de la Filosofía alemana, a descubrir las normas universales. La crisis espiritual que desgarró a algunas naciones europeas se debe a que en la turbación y nerviosidad de estos últimos años de prueba económica e inquietud política, se han encerrado en un ciego nacionalismo, en una mística de odio, que podría hacer saltar en pedazos, para que comience una nueva y oscura Edad Media, el edificio magnífico de la civilización occidental. Afortunadamente, frente a la Europa que está enferma, hay otra que se conserva sana.

Quizá Europa y América, sentidas como mitos o como símbolos, encierran un doble anhelo del hombre, cuya integración y síntesis constituye un ideal histórico. Mientras que Europa es para nosotros el mundo de la Cultura, de todas aquellas cosas imponderables y exquisitas que nos dan los libros franceses o las piedras y las pinturas italianas, el paisaje histórico que poblamos de sueños, Europa mira en América la Naturaleza y el espacio de un mundo joven. Desde Rousseau y Goethe muchos grandes europeos viven en nostalgia de Naturaleza como los suramericanos queremos aplacar el instinto y la pasión ciega en el orden de la Cultura. Cuando la Cultura pierde el contacto de la Naturaleza, se convierte en intelectualismo frío, en el cálculo abstracto e inhumano. La Naturaleza sin la Cultura es el reino sombrío y casual del instinto, la sorpresa hecha terror, la crueldad sedienta, el pánico del que no sabe. "Hay una barbarie de la reflexión como hay una barbarie del instinto", decía Schiller. Los grandes momentos de la Humanidad son aquellos en que —como en la clara mañana del clasicismo griego— la inteligencia y la vida pueden marchar juntas; el espíritu no niega al cuerpo, sino lo comprende y lo integra.

La Cultura de Europa y la Naturaleza de América se desean, pues, y se buscan, como en un vasto sueño de humanidad total. Es una idea

que, desenvuelta y ejemplarizada a través de los itinerarios y los paisajes cambiantes, sirve de *leit motiv* a este pequeño libro.

## MEDITACION FRANCESA

Cuando hace algunos años el audacísimo pensamiento alemán, por boca de profetas tan elocuentes como Spengler, empezaba a penetrar nuestra cultura y nos lanzaba en el camino de las grandes aventuras intelectuales, nuestro novedoso espíritu suramericano, para quien el pensamiento es como otra forma de sensación, quizá halló que Francia —la tradicional Francia, antes tan admirada— había quedado como al margen de los problemas más palpitantes de nuestro tiempo. Solíamos acudir a Francia después de nuestra sobrealimentación alemana como para corroborar las extrañas ideas de los tudescos, y Francia nos reservaba —como enfriándonos— su vieja prudencia gala, sus escrúpulos lógicos que encontramos un poco insípido como el agua, después de los manjares especiados y excitantes del pensamiento germánico. Esa manera un tanto impersonal del pensamiento francés, parecía desengañarnos a quienes, como nosotros, buscábamos ideas en que se expresara una húmeda y caliente contemporaneidad. Nos faltaba, además, para comprender bien a Francia, aquella educación clásica que, por sobre la circunstancia histórica o cambiante, fija los valores universales. En un vago y nervioso relativismo se disgregaba para nosotros el Universo. Queríamos ser hombres de nuestra época y nos lanzábamos al naufragio de esta civilización, con la inconsciencia de quienes no tienen pasado. Nuestro nomadismo intelectual iba por todos los caminos sin detenerse en ninguno. O bien las almas requeridas y hambrientas de fe se arrojaban, más por impulso ciego y emocional que por imperativo verificado en la conciencia, en el primer "ismo" que se les ofrecía. Era, y es, el tiempo en que las multitudes del mundo preferían seguir tras esos Césares de plazuela, los nuevos Anticristos, surgidos —como en la pintura de Lucas Signorelli— de la desesperación colectiva.

Transmito aquí la experiencia de muchos intelectuales suramericanos que se han formado y han descubierto el mundo en estos tormentosos tres lustros de la posguerra. Ellos nos separaron un poco de Francia. Entre tres grandes ideas: el mesianismo social que venía de Rusia, el vitalismo e irracionalismo alemán, el materialismo técnico de los yanquis, se han movido las dos últimas generaciones en esta apartada comarca de la civilización occidental denominada Suramérica. Aquellas ideas —aun subconscientemente— han sido el alimento común de revolucionarios y oportunistas, de los que, como los personajes de Dostoievski, sintieron palpar en ellos un extraño destino demoníaco, y de los otros

que buscaban el éxito y el dinero y querían adueñarse del mundo con el espíritu destructivo y gozoso de un joven ingeniero norteamericano, para quien la Historia y la Tradición suelen ser suciedad, prejuicio, poesía inútil. No sólo en las ciudades suramericanas durante los últimos años se levantaron rascacielos junto a las bajas casas de adobe, rascacielos que el babiecas criollo se encargaba de decirnos que no los había ni en París ni en Berlín, sino se transformaron profundamente las almas. Comenzó también en esta atrasada y virginal Suramérica un como proceso de mecanización de la vida. Espíritu revolucionario en los inexpressados y en los insatisfechos, y espíritu de lucro y especulación financiera eran los dos polos de nuestra reciente existencia histórica. Progreso superficial que se quedaba en las ciudades capitales que crecían desmesuradamente, en mescolanza de estilos y materiales arquitectónicos, en un como ponerse a jugar a la alta civilización, en el desarrollo de una gran prensa sensacionalista, en la hazaña financiera del estratega de la bolsa o del estafador de alta escuela. Más allá de las luces, el asfalto y los rascacielos de la ciudad capital, seguía el pueblo en su oscuro medievo aborigen. Las pequeñas oligarquías dirigentes, el aristócrata y el intelectual desarraigado, lanzábanse en este frenesí de imitación y progreso; las ideas y las modas caían como relámpagos, y merced al trasatlántico, el avión, la revista, la noticia cablegráfica, discutíamos y adaptábamos la más reciente novelaría europea. En las tertulias de damas se hablaba del "freudismo", y los artistas buscaban su subconsciente, un subconsciente que, por no contener nada, iba a estrellarse y perecer en el más desamparado vacío. Más que la cultura, recogíamos los desechos de la cultura; esa como materia vaga y gelatinosa de ideas contradictorias, de instintos disfrazados, de perversiones quintaesenciadas que el ojo cándido del aristócrata criollo iba a descubrir, deslumbrándose, en medio de la nata cosmopolita y aventurera del balneario o del *dancing* europeo. Asimilar sin esfuerzo, bogar en la corriente del tiempo, aprovechar —por un simple proceso de imitación— lo que otros hicieron, era la más general aspiración de las gentes. Así como importábamos por piezas la maquinaria yanqui, nuestros cerebros recogían en pintoresco mosaico, en enrevesado rompecabezas, las más contradictorias ideas que sacudían la atmósfera. El *cocktail* fue una bebida favorita en el mundo *snoob* de la posguerra; y así como el *cocktail* no es vino ni alcohol puro, sino maridaje híbrido, maceración de lo opuesto, nosotros lanzábamos a quemarse en nuestro interior las sustancias más variadas y más explosivas. La vida no solía ser voluntad o destino, sino vaga embriaguez; alternativa trágica de excitación o de sueño.

La curiosidad que un impresionable suramericano que tiene el apetito de ser moderno, puede sentir en un país como Francia —país de tan

viejas y elaboradas formas culturales—, es la curiosidad ante lo que se ofrece profundamente distinto; es el choque de una alma inestable frente a lo que advierte sólido, permanente. Piedra, historia, prudencia secular, se enfrentan al viajero demasiado nervioso como limitándolo, como enseñándole que no basta el impulso, la espontaneidad ciega; que se requiere también el aprendizaje. La imagen de aquel suramericano rico y vulgar, que encontraba que América estaba más adelantada porque se había difundido el uso del baño y de los artefactos eléctricos, revela simbólicamente este enigma que solemos denominar progreso: el progreso sentido como algo externo e indiferenciado, de uso común, y el otro que es elaboración interior, necesidad profunda que surge como apetito del alma individual o como adecuación armoniosa de la materia a la vida. Efectivamente, el baño de aquel hotelito de Cherbourg, a donde fui a refugiarme una noche de lluvia y tempestad en la costa normanda, dejaba mucho que desear, y no se lo hubiera recomendado a un *snoob* suramericano de los que consideran los artefactos mecánicos como un seguro signo de civilización. El hotelito tampoco tenía pretensiones, y se podía acudir a él cuando —como en el caso mío— los mejores hoteles habían sido ocupados por toda una manga de turistas ingleses llegados en el *Queen Mary*. Rueda un cochecito por las calles empapadas en lluvia, estrechas y desiguales, en medio de aquella endiablada y oscura neblina, hermana del *fog* inglés, y como éste suscitador de fantasmas. Mares, lluvia y neblina de Normandía y de Bretaña, un poco célticas y un poco nórdicas en su indecisa violencia; elementos románticos de la cultura francesa que se expresaron en la hazaña de los caballeros normandos que fueron a dominar el sol de Sicilia, en los piratas y corsarios de Saint-Malo; que vierten su humedad y su patético meditativo en las páginas de Chateaubriand, en el solitario drama religioso de Renán, en los apóstrofes de Hugo junto al bravo mar descolorido de Guernesey. O se siguen los trágicos paseos de la pobre Emma Bovary por las calles de Rouen a la sombra de la gran Catedral y la de la más labrada piedra gótica, incomprensida y trunca con su desesperado destino de mujer. Romanticismo que se equilibrará y asimilará bien en el gran cuerpo clásico de la nación francesa, que ha podido —como ningún otro pueblo— hacer la síntesis del vago e inquieto Norte con la claridad caliente del Mediodía.

Se entraba al hotelito de Cherbourg, a la vieja casa de pizarra normanda, y era como un penetrar en esta sabia y animada intimidad que es uno de los secretos del alma francesa. No el *confort* indiferenciado y colectivista a la manera de los yanquis, sino otro arte sutil de la vida en que participan el generoso fuego de la chimenea gótica, los profundos ritos que se realizan en la cocina para comer en esta noche de lluvia unas *tripes à la mode de Caen*, rociadas de rojo Calvados; la sala de lectura para *MM. les Voyageurs* —que no puede faltar en ningún hotel de la provincia francesa— y aquel dormitorio —tan viejo y, sin embargo, tan cómodo— que me hizo la impresión de un gran viaje retros-

pectivo. Lecho de anchas y altas maderas, templado con el peso de sus dos colchones de lana y vestido con las bordadas coberturas familiares, en las que —como en la famosa tapicería de Bayeux— las mujeres de Normandía vertieron en el motivo decorativo su imagen del mundo. Lecho que me recordaba aquel en que se durmió Proust en la primera página de la *Recherche du temps perdu*, para excavar y sacar del fondo de la conciencia todo un Universo anímico inseparable de la tradición y el paisaje de Francia: castillos y catedrales, campiña francesa, cocina venerable de la vieja cocinera Francisca; gusto de las ideas, de la sociabilidad y de la conversación. Formas intelectuales y exquisitas del epicureísmo francés que ha sabido guardar en un tiempo tan mecanizado como el nuestro el amor de la existencia, la concepción de la vida como obra de arte.

Y Francia surgía bajo aquellas imágenes literarias y epicúreas —Paisaje, Vida, Historia— como un inmenso trabajo colectivo que oponíamos ejemplarizándolo, a nuestra improvisación, a nuestro “acaso” suramericano. El campo francés obedecía al mismo sentimiento clásico que la Literatura francesa. Desde los artesanos de las Catedrales, los legistas y los grandes doctores de la Escolástica que querían reducir el Mundo a la Unidad (*reducere ad unum*, como decía el normando Vicente de Beauvais), el camino espiritual de Francia es un gran camino ordenador. Las Catedrales en que cada miembro vive y pasa a sumirse por medio de la cruzada de ojiva y los arbotantes en la inmensa sinfonía unitaria, encarnaban un eterno símbolo de Francia. Nación donde reina la continuidad, donde los muertos siguen hablando a los vivos y el hombre es pocas veces un incomprendido, porque se injerta en una ya definida familia de espíritus. Ibamos viendo y señalando cualidades: economía, prudencia vital, claridad clásica. Se sacrifica lo brillante por lo claro; la inteligencia —que muchas veces es tan inhumana— se volatiliza y se hace sociable en la graciosa alquitara del *esprit*.

Epicureísmo, *esprit*, puentes que la inteligencia francesa logra levantar sobre el desbordado torrente de la Vida. El gusto francés del análisis y la definición, son los mejores antídotos contra la Metafísica humosa, contra “esos vapores del intelecto” —como diría Nietzsche— que han oscurecido en los últimos años patéticos la despierta conciencia europea.

Todo epicureísmo es siempre prudente. Impone a la vida su armonía, somete el oscuro instinto a la ley del ritmo. La prudencia marca esa zona de encuentro entre la inteligencia calculadora y la vida ciega; es el gran problema que se plantea el pensamiento antiguo cuando después del seco racionalismo sofista que destruyó los mitos e hizo de la existencia una ilusión, se trataba de devolver al hombre, mecanizado por el intelectualismo y la crítica, las perdidas raíces vitales. Entre los pueblos modernos

es, precisamente, Francia, el que más se aproxima a esta prudencia vital, como la concibió la antigüedad clásica. La vieja Francia tiene un fondo campesino sobre el cual se edifica la maravillosa permanencia de su Historia. Junto al racionalismo de sus doctores, ha colocado siempre como, para completar la visión del mundo, cierta *sagesse*, que parece venir de la tierra y del campo. El mundo épico, desmesurado y romanesco de la primera Edad Media, el mundo de la *Chanson de Roland*, se completa en ella con el mundo cómico-satírico del *Fabliau*. Si el mundo de la Epopeya es el de las empresas lejanas, de lo arrojado y de lo quimérico, el mundo del *Fabliau* es el de la realidad próxima; el primero fija las virtudes del caballero, el segundo las del burgués.

El sentimiento epicúreo que se adueña de las cosas, las gusta, pero les impone el orden de la inteligencia; es diametralmente opuesto a lo que un yanqui pródigo o un impetuoso suramericano llamaría “gozar de la vida”. El yanqui gozador ingurgita endiablados alcoholes sin discernir calidades, así como ciertos Tenorios suramericanos se convierten en Hércules de burdel. Su prudencia e instinto de reserva y de previsión, aún impiden en Francia el profundo desgarramiento cultural de que ahora sufren otros pueblos europeos. El fenómeno de “americanización” de que se quejan los franceses muy apegados a su suelo, no va más allá de ciertos bares u hoteles cosmopolitas de París o de algunas páginas de prosa de M. Paul Morand. En todo caso, París es la menos americana de las metrópolis europeas, y es, por ejemplo, infinitamente menos americana que Berlín. París es la síntesis de todas las ciudades imaginables, aquella en que cada tipo de hombre encuentra que se ha hecho a su medida: hay el París del hombre de ciencia; el París del revolucionario que considera que con sus camaradas del sindicato y su asistencia constante al *Vel. d'hiver* está realizando la transformación del mundo; el París del enamorado de un cuadro o de una estatua que nunca falta a su cotidiano *rendez-vous* en el Louvre; el París de la damisela suramericana que tiene para cada tarde una nueva exhibición de modelos y maniqués; el París del gastrónomo o del mujeriego crónico, el París monárquico y el París de la “Casa de la Cultura” y hasta el París de cierto sector de la pequeña burguesía francesa que se mantiene tan rutinaria y pasada de moda como cuando Flaubert escribió su *Bouvard et Pecuchet*.

El destino de Francia es realizar ella misma, periódicamente, la Revolución y la Contra-revolución. En esta última —como en la “Carta” de Luis XVIII— siempre habrá de quedar con otro nombre lo más esencial de la doctrina revolucionaria.

A pesar de que la inteligencia francesa había planeado aquellos grandes sistemas en los que desde el Escolasticismo medieval hasta el Racionalismo moderno, vinieron a edificarse algunas de las formas más características de nuestra Civilización, Francia nunca se perdió en las vagas comarcas del sueño o de lo abstracto. Junto a sus pensadores trágicos

que confundieron la vida con el pensamiento —un Pedro Abelardo, un Rousseau—, Francia siempre dispuso, y con más frecuencia, de toda una familia de espíritus que aceptaron la vida y que sólo quisieron hacerla más bella y tolerante al armonizarla con la inteligencia: un Montaigne, un Voltaire. Así, en este equilibrio entre lo que Pascal llamaba espíritu geométrico y espíritu de fineza, entre intelectualismo y comprensión de lo humano, se realiza cabalmente su genio nacional.

Un psicoanalista de nuestros días diría por ello que entre las naciones europeas, Francia es una de las que están mentalmente más sanas. Para el francés siempre existieron los sentidos y no quiso acallarlos y destruirlos bajo la hipocresía social y religiosa como el puritano inglés; ni se entregó tampoco a la oscura orgía de la sangre, al dionisismo irracional, como en ciertos momentos de la historia alemana. Los franceses que, como Calvino, no aceptaron este equilibrio vital, fueron expulsados y repelidos por Francia. El seco mundo desvitalizado de la represión calvinista va a dar sus frutos de amarga intolerancia bajo la negra bruma y entre las atormentadas almas sombrías de los países nórdicos. Francia estaba muy cerca del Sol y del Mediterráneo para poder aceptarlo. Vienen de este calvinismo antihumano que adoptaron los anglosajones, algunos de los males más profundos de nuestra Civilización: la mecanización de la vida, la gran hipocresía social, el fariseísmo imperialista. El puritano inglés conquistaba pueblos pensando que los hacía más perfectos. Si el puritano se hizo rico e impuso su absurda moral del mundo estéril, llegó a pensar que había recibido el premio de Dios.

*Sagesse* y prudencia razonadora son, pues, en Francia las mejores defensas contra el puro progreso veloz y los turbios ídolos de la Pasión que ha levantado nuestra época. El francés no se entregó como el yanqui a un ideal de prosperidad, de riesgo económico y adquisición de cosas superfluas de que deberían despertarle los *cracks* de la Bolsa y las usinas paralizadas. Por eso los “cesantes” de Francia han sido menos —en proporción— que los de cualquier otro país supercapitalista; por eso Francia no caerá, tampoco, en los brazos de un Führer. El político francés sigue siendo un humanista amable como Herriot o un intelectual que piensa en la justicia universal, pero que no olvida el tacto cotidiano, como Blum. Para no tener mañana un despertar trágico, todo francés “guarda provisiones para el invierno”, como en la fábula de M. Lafontaine. O bien es esa solidaridad francesa de la familia —que subleva a André Gide—, pero en la que se realiza con sentido colectivo la prudencia vital de este pueblo. Es la dote de la hija o la carrera universitaria del hijo o ese mundo menudo de la previsión heroica en que se mueve aquella familia de los Pasquier novelada por Georges Duhamel. Si sobró dinero o cayó sobre el presupuesto familiar un fondo extraordinario, éste puede gastarse en algo tan importante —para una raza intelectual— como un “viaje instructivo”. En la vida de cada familia francesa hay, como suceso maravilloso para darle sustancia emocional a toda

una generación, la historia de un viaje. El viaje debe ser “instructivo”, ya que el francés no se permite el lujo británico del *spleen* ni viaja para “aparentar” o *farsantear* como suele hacerlo el *snoob* suramericano. El francés viaja para escribir o conversar después; para agregar un capítulo a la leyenda familiar, para ser un protagonista de la *petite histoire*.

Complemento del viaje instructivo y expresión muy íntima del alma francesa es el *souvenir*, el recuerdo. El francés adquiere el objeto peculiar —el cuero florentino o la sortija veneciana— no tanto por afán coleccionista, como lo hace el yanqui o el inglés, sino por goce interior e histórico. El inglés en trance de viajar, suele comprar lo que le ofrecen, porque no sería británico discutir o porque acepta aquella obligada consecuencia del viaje. El francés, en cambio, suele elegir cuidadosamente. Combina en la elección su prudencia económica y su gusto de las formas. Su epicureísmo intelectual le permite gozar con el más pequeño objeto colocado en el propio paisaje histórico. La institutriz y la solterona francesa han recogido y disecado una flor del Jardín de Bóboli, en Florencia, o la amapolita humilde que crecía sobre la tierra y las ruinas milenarias del Monte Palatino, en Roma. Habían refrescado sus lecturas de Chateaubriand y estaban impregnadas de la poesía de las ruinas o de la majestuosa melancolía de la campiña romana. Lo literario y lo intelectual son siempre el troquel de su juicio. La enseñanza francesa con su clara lógica y su frecuentación de lo clásico, ha ordenado el alma para clasificar, gustar y definir. Porque es capaz del pequeño goce, el francés —como el griego antiguo— parece, ante la prodigalidad yanqui o el desorden suramericano, un ser esencialmente económico. También el griego clásico resultaba sobrio y prudente ante la bizarra suntuosidad y exuberancias orientales. El pan, el vino y las bellas palabras del banquete platónico le resultaban más apetecibles y voluptuosos que los pródigos festines del Oriente. La *volupté* francesa —como en la novela de Sainte-Beuve— se hace, sobre todo, de conciencia y de análisis.

Si a Francia le pide más densos y materiales placeres nuestro superexcitado mundo, Francia también accede a dárselo con la maestría técnica con que realiza todas las cosas. Pero esos *cabarets* con negras de la *Côte d'Ivoire* y con danzarinas tonkinesas, son poco conocidos por el francés mediano.

Son los *plaisirs de Paris*, una de las grandes industrias turísticas de la capital francesa. Francia en el fondo sonríe de aquellos bárbaros que necesitan de una música de cobres y platillos trepidantes para poder estar junto; que suponen que el champaña y el coñac hay que beberlos por ríos, y que, sobre todo, no conocen un solo verso de Racine. Los verdaderos *plaisirs de France* se hacen de otra cosa: son la inteligencia dirigiendo el instinto, analizando y fijando formas. Es gustar la poesía en un verso

de Andromaque; el coñac en una copita de coñac, la arquitectura en el follaje de un capitel.

Distingue a Francia, también, una profunda sensibilidad moral que con sus mejores espíritus —un Montaigne, un Pascal— ha trabajado para descubrir y fijar el más alto destino del hombre. Junto a lo epicúreo actúa en el francés la decisión heroica, cuando, como en el monólogo de Corneille, se trata de resolver un enigma del alma o cumplir con un destino superior al del individuo. La más reciente tragedia corneliana que ha visto Francia es la del ministro Salengro. En su combate contra el Gabinete de Blum, la *Dérècha* francesa había lanzado todo el lodo y las más oscuras sospechas sobre el pobre y circunstancial Salengro. Su tragedia personal se convierte en tragedia política que no encuentra otra solución que la del suicidio. Y como las fuerzas opositoras intentan seguir su querella en torno del cadáver, un hombre como Herriot debe enseñar en un discurso memorable, que el respeto a la muerte es superior a toda pasión política. El acto moral y el razonamiento moral acallaron la tormenta. Herriot no habló aquel día para los radicales o para el Frente Popular; habló para todos los franceses.

Para establecer la Justicia, la mente francesa, que a diferencia de los anglosajones no puede esperar ni confiarse al caso particular, construye las grandes síntesis ordenadoras; los "Universales" en el sentido de la Escolástica medieval. Nacieron en Francia algunos de los "Universales" sociales de los dos últimos siglos, los que hemos identificado a la esencia misma de nuestra Civilización: tolerancia, libertad, igualdad. Del caos de lo particular se quiso llegar —como en el análisis de Montaigne— a la forma misma de la humana condición. Y el *Droit* francés quiere ofrecer la norma perenne por encima de toda circunstancia mudable. Mientras otros pueblos plantean el problema histórico como "progreso", es decir, como algo exterior al hombre, como utilización y desarrollo indefinido de conquistas técnicas, los pensadores franceses llevaron el drama a la conciencia individual. En Alemania, frecuentemente, las ideas han servido para que triunfen las fuerzas; en la razonadora Francia son las fuerzas las que deben contribuir a la victoria de las ideas. Ya los enciclopedistas del siglo XVIII advertían que de nada vale la transformación material del mundo, si ella no metamorfosea y enriquece nuestra conciencia. Y a la "Ilustración" y a una nueva ciencia de las sociedades —que debería fundarse—, o al retorno poético a la vida primitiva —como en el sueño de Rousseau— confiaban esa misión esencial.

Este desenvolvimiento moral del hombre, vasta consigna de todo el pensamiento francés, ha encontrado en la época presente otra idea inmediata: la ordenación material de la sociedad. Fue precisamente un francés empleado en un comercio de granos y hasta ese día de 1799 comple-

tamente oscuro y desconocido para la Historia, quien, encargado de destruir un cargamento de arroz para mantener los precios en alza, se propuso descubrir "una nueva organización capaz de poner fin al imperativo económico del provecho". Pero como utopía francesa, el falanstero ideado por Fourier, confiaba un poco a la aptitud y el humor individual, el designio grandioso de trabajar para todos. Eran aquellos días de idealismo en la Filosofía europea. Para el mayor pensador de esos primeros años del siglo XIX, la única realidad es la del Espíritu. En la gran construcción metafísica de Hegel todo cabe, menos la realidad viviente. Y justamente para fijarla y descubrirla, surgen Marx y su reacción materialista. Marx toma la posición contraria, que en estricta Filosofía significa también el error contrario: el espíritu pasa a depender de la naturaleza; se conoce ahora el "objeto", pero se desconoce el "sujeto". En el mundo de Marx casi no existe ya la voluntad y la conciencia subjetiva. Con el lenguaje de Marx inicia la nueva clase forjada por el industrialismo, el desesperado proletario moderno, su penoso combate ascensional.

La urgencia de una síntesis de las dos filosofías inconciliables, de un nuevo Realismo que armonice el mundo de los hechos con el mundo de los valores, que no destruya la vida interior del hombre en provecho de su vida exterior, parece advertirse en la Francia de los presentes días. Ya antes de que la Gran Guerra precipitara revolucionariamente todos esos elementos de incoherencia y destrucción que había en nuestras sociedades mecanizadas, un pensador orgullosamente solitario como Georges Sorel, pensaba que la nueva aspiración socialista debía ir mucho más allá que a un cambio económico; debía ser una renovación profunda del hombre. "Sorel —dice muy bien Croce— asimilaba el Socialismo por él imaginado al primitivo Cristianismo, y le asignaba como fin una renovación de la sociedad en sus más entrañables raíces morales, por lo cual le inculcaba el cultivar, como los primitivos cristianos, el sentimiento de escisión de la sociedad circundante, esquivar toda relación con los hombres políticos, encerrarse en los sindicatos obreros y nutrirse del "mito" de la huelga general. Era la construcción de un poeta sediento de austeridad moral, de sinceridad, pesimista ante la realidad presente y tenaz en la busca de una fuente de la que surgiera una fresca vena purísima". El sindicalista ideal soñado por Sorel es como un grave héroe corneliano trasladado al mundo sombrío del industrialismo moderno.

Así, al buscar una solución para el conflicto económico de la sociedad presente, el pensamiento francés —siguiendo su tradición— trata de incorporarla al problema integral del hombre. Porque el trabajo casi milenario de la cultura francesa ha buscado armonizar la vida con la razón, acaso Francia pueda otra vez descubrir estos caminos que sentimos obturados, entre el Espíritu y la Naturaleza. Al formular su socialismo decía, muy ejemplarmente, un joven escritor francés: "Porque la civilización capitalista era impotente a darles la fuerza de resolver o de



aceptar como insolubles los problemas esenciales de su destino material o espiritual, muchos hombres han pedido al Socialismo que les asegure el derecho de pensar y de vivir de una manera menos irrisoria". Y quería que el genio de su país diera al mundo aquello que más necesitamos: "Un pensamiento capaz al mismo tiempo de someter las instituciones sociales a lo mejor de la experiencia y la razón humana, y de encarnarse en lo real, sin decaer y sin esclavizarse".

Compendia bien el genio de Francia en su triple esfuerzo por el razonamiento claro, la forma estética y la dignidad moral, aquella página de grave música que Nietzsche le dedicó en *El viajero y su sombra*. "Los franceses —decía Nietzsche— han continuado de la manera más digna la obra del Renacimiento. Pasaron con un éxito maravilloso, de la imitación de las formas antiguas a la limitación de los caracteres antiguos, lo que les confiere para siempre un derecho a las distinciones más altas, pues son el pueblo que ha ofrecido a la Humanidad nueva los mejores libros y los hombres mejores".

### MEDITACION ALEMANA

Alemania es un país-problema y cargado de peligrosa inflamabilidad, dentro de la Historia europea más reciente. Una justa valuación de los hechos alemanes, venciendo nuestra repugnancia para lograr la objetividad, incumbe a quienes aún luchan por defender en esta hora sombría del mundo la amenazada libertad del Espíritu. Palpita en nuestra contemporánea humanidad un inmenso sentimiento de justicia social; y aunque numéricamente avasalladoras las corrientes políticas que lo animan, tropiezan en todas partes contra el propio obstáculo que les crea su ceguera para ver lo distinto y para comprender fríamente la técnica y el oportunismo de los enemigos. La subestimada burguesía europea ha sacado infinitos recursos de guerra, hasta quitarse en los países dictatoriales aquel decoroso traje de legalidad y de cultura que antes le sirviera de justificación ética. Ha encontrado en el relativismo moderno la temperatura propicia para desdeñar los valores metafísicos que nosotros asociábamos a la palabra "civilización", y en el universal quebrantamiento de las formas y de los conceptos tradicionales, ha descubierto fuerza para animar nuevos mitos.

Un mundo demoníaco, fría y voluntariamente brutal, ha sustituido en los últimos años a aquellas gentes comedidas, corteses y elegantemente escépticas de la Europa de ante-guerra. La sangre ha vuelto a cobrar su tributo, erigiéndose como suprema razón, sobre la ruina de las formas pulidas y los elaborados conceptos de la vieja civilización europea. El asesinato político y el tenebroso misterio de la policía secreta han vuelto

a actuar, y con una tenacidad y sadismo que nos parecían olvidados. Por eso —y con un poco de petulancia suramericana— me entretenía en decir a un escritor alemán que me hablaba de la "novedad" de su régimen:

—Es nuevo para ustedes, pero sumamente viejo para un hombre de Suramérica. En el comienzo de nuestra historia tuvimos también estos regímenes de sangre. La "Mazorca" con que el tirano Rosas liquidaba a sus enemigos, era en la Argentina de hace cien años una especie de "Gestapo". Después —y aunque no se puede decir ni con mucho, que en nuestros países reine la Justicia— hemos comenzado a aprender, al menos, las viejas formas políticas europeas. Y ocurre el hecho paradójal de que nosotros empezamos ahora a buscar los sistemas legales que aprendimos en los libros de Derecho de Europa, cuando ustedes los desdeñan. El culto de lo "irracional", del "instinto" que ustedes quieren elevar al plano de la Filosofía, ya existió en nosotros de hecho: lo tenían —sin saberlo— los mazorqueros de Rosas, los "guapos" de las largas guerras civiles de México, de Bolivia, de Venezuela. Los tiranos de aquellos pueblos disponían también de intelectualoides que adornaban a sus jefes de los títulos más pomposos. Y quienes pertenecían a la "milicia" o disfrutaban de las grandes sinecuras fiscales, encontraban también, como los miembros de vuestros "partidos totalitarios", que sus jefes eran verdaderos "regeneradores del Universo".

Prescindiendo del símil pintoresco que un suramericano gusta de hacer —como inquietando a personaje tan engreído como es ordinariamente un europeo—, el hecho alemán tiene una significación infinitamente más vasta en cuanto se realiza en un superpoblado país de 70 millones de hombres, y que estábamos acostumbrados a considerar como una de las naciones ductoras del mundo. En Alemania se ha verificado una revolución, no en el sentido de reparto económico que le dan los marxistas, sino en cuanto se han invertido profundamente los valores que hasta ahora inspiraron y guiaron la Civilización europea. La atmósfera alemana hierve de materias explosivas, y la posición beligerantemente bárbara que asumen sus hombres responsables —o irresponsables— es uno de los más trágicos enigmas del momento presente.

No se puede confiar —como en ciertas ilusiones izquierdistas— en la eventualidad del gobierno de Hitler, y que mañana la vida de Alemania vuelva a sincronizar con un ritmo semejante al de la vida inglesa o francesa. Hay algo más denso y profundo; algo que ha penetrado en la médula misma de la nación alemana. Nos puede ser simpático o antipático, pero existe y actúa con incontrastable evidencia.

Muy distantes estamos del poético tiempo en que con roussoniana ternura madame Staël presentaba los alemanes al conocimiento y clasifi-